

María Teresa Valdivia Dounce. 2007.

Entre yoris y guarijíos. Crónicas sobre el quehacer antropológico. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas. 261 pp.

Entre yoris y guarijíos es un texto en el que María Teresa Valdivia hace explícitas las experiencias y reflexiones que el antropólogo comúnmente no está habituado a mostrar como parte de sus vivencias durante el trabajo de campo, experiencias intersubjetivas en las que el investigador y los individuos estudiados se involucran en un proceso interactivo que no siempre se reconoce abiertamente. A lo largo de 261 páginas, Valdivia crea un argumento muy bien articulado que muestra las dificultades, vicisitudes y preocupaciones al trabajar en una dependencia de gobierno como el INI, mientras se enfrenta de lleno a la burocracia, a las luchas de poder y a una situación de marginalidad e injusticia social de los guarijíos frente a los yoris (mestizos y no indígenas) y a los programas de gobierno que no terminarían por llegar hasta ellos. De esta realidad Valdivia no se sustrae.

Además de la presentación que realiza la autora, el texto tiene un estudio preliminar de Andrés Medina Hernández, en el que aparece una breve, pero sustanciosa, revisión acerca de la etnografía mexicana y su papel en los grandes proyectos nacionales, como lo fue en su momento la política indigenista; así como un ejercicio crítico-reflexivo en torno a las tenuous fronteras entre las etnografías “formales” y la literatura del mundo indígena y rural. Así, el texto de Valdivia transita por tres ensayos (“Sierra de nadie”, “Como una huella pintada” y “Sobre los testimonios indígenas y la tarea antropológica de editarlos”) estructurados en una línea discursiva en que las relaciones entre el antropólogo y los actores

* Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Correo electrónico: cosh36@hotmail.com

sociales participan en la creación de conocimiento y la práctica social. Un “recuento fotográfico” (sin mucha calidad técnica, pero de gran utilidad testimonial) y algunos mapas de la región guarijía permiten al lector ubicar el contexto y los espacios referidos. Al final del libro, los apéndices ofrecen una cronología de la historia de este grupo y los movimientos de lucha por la tierra —que se vuelve el tema central de todo el libro—, además de una referencia de fuentes sobre los guarijíos y la bibliografía general.

“Sierra de nadie” es el primer ensayo (escrito originalmente en 1990, y publicado luego en 1994 por el INI como trabajo ganador del primer lugar del concurso nacional Cincuenta años del Indigenismo en México) en el cual la autora muestra sus vivencias acerca de “lo que hice, dejé de hacer, por qué y cómo pudieron suceder las cosas” (p. 15), hablando en primera persona acerca de su experiencia como funcionaria del INI y al frente de un proyecto institucional que terminaría por volcarse en un proyecto personal, al reflexionar a la luz del trabajo en la sierra acerca de la responsabilidad social del antropólogo, no sólo en términos profesionales sino, más aún, como persona de carne y hueso frente a condiciones de injusticia social, ya que, como acierta a decir Medina, “el trabajo del antropólogo no es nada fácil, pues para adentrarse en las regiones interétnicas donde se encuentra a los pueblos indios, debe enfrentarse, más que a una alteridad contrastante, a condiciones de pobreza, explotación, injusticia y violencia institucional de las que es imposible permanecer insensible; así mismo, debe cumplir con la exigencia de investigar esa realidad y de aportar un conocimiento que permita, tanto fundamentar las posibles soluciones gubernamentales, como contribuir a una discusión, teórica y política” (p. 24). Con una posición muy bien definida, la autora no tiene problema alguno al expresar las críticas a la política indigenista de la que fue parte y en la que experimentaría malos ratos; sin embargo, la relación y el compromiso social contraído con los guarijíos en su lucha por la tierra la llevaría a una relación antropólogo-sujeto de estudio muy profunda.

Pero el texto no sólo se queda en la parte anecdótica de un antropólogo en trabajo de campo, donde tiene que hacer frente a nuevas y desafiantes realidades que en el aula no se enseñan ni se teorizan; justo es esa mirada reflexiva de la investigadora lo que lleva a cuestionar y discutir las metodologías propias del antropólogo, puesto que se ha dejado a nivel personal las consideraciones éticas y el ejercicio profesional de la disciplina, toda vez que, como acierta a señalar Medina, es una aventura que cada cual resuelve a su manera, “pues implica la conjunción afortunada de capacidades personales propicias y de recursos institucionales favorables, pero de los que sabemos muy poco, pues no es algo que se discuta abiertamente, no obstante sus implicaciones para la definición de una metodología y de un perfil profesional adecuados” (p. 24), tema en el cual viene a aportar diversos ángulos de análisis y discusión el texto y la posición crítica de Valdivia.

El ensayo “Sierra de nadie” se desarrolla en cuatro apartados; en ellos se recorre la sierra guarijía a “ras de suelo”, mediante un relato apretado que muestra la región, su paisaje y modos de subsistencia, así como algunas historias de vida de personajes que ilustran el *ethos* serrano. Si bien no se trata de una etnografía de los guarijíos de Sonora en su relación con los yoris (cosa que deja clara desde un principio la autora), es posible mirar detrás del telón de vivencias de la antropóloga ese gran entramado de costumbres y ritos ancestrales y las condiciones sociales adversas de marginación social y explotación. Es en ese marco intra e interétnico en el que se desarrolla la acción social que pone en juego las relaciones de poder, las políticas gubernamentales dirigidas, la corrupción y el despojo, en ese apartado lugar del México poco conocido; Valdivia contribuye en buena medida a aportar elementos tanto del conocimiento de esa región como del ejercicio de la antropología en un contexto de investigación-acción, mostrando algunos de sus vicios y encausando una reflexión hacia las posibilidades de cambio mediante una responsabilidad social comprometida (postura antropológica que llevaría a plantear caminos mediante conocimiento bien fundamentado), asumiendo una postura crítica respecto del trabajo del Estado en los pueblos indígenas.

El segundo ensayo, titulado “Como una huella pintada” (escrito en 1990 y 1991, merecedor al primer lugar en el Concurso Nacional Costumbres y/o Normas Jurídicas de las Comunidades Étnicas del País, convocado por el INI y la Dirección General de Culturas Populares, publicado en 1994 por El Colegio de Sonora), es una contribución de la autora para organizar y dar continuidad al relato de Cipriano Buitimea (uno de los principales dirigentes guarijíos) en sus andanzas por la lucha de las tierras, en una peculiar narrativa muy bien cuidada (respetando la expresividad del discurso indígena y mostrando sus particularidades lingüísticas y regionales). Este ensayo demuestra con claridad la horizontalidad del trabajo del antropólogo con su “informante” —un informante que se desdibuja al convertirse en el actor central que expresa su propia realidad, sin mediación del antropólogo—, en que dar voz a “los sin voz” permite al lector encontrar por sí mismo los vericuetos de un pueblo que expresa sus anhelos por tierra para sembrar y desprenderse del yugo que los mantiene oprimidos como jornaleros y analfabetos (haciendo evidente el funcionamiento de los actores del Estado en las regiones indígenas, en que los programas gubernamentales han quedado en manos de los caciques yoris). A lo largo de diez subtítulos se va desarrollando la trama de la vida de Cipriano; el pasado de los guarijíos y su parentesco con los mayos, yaquis y tarahuamaras; la costumbre heredada de sus antepasados; la relación tensa con los yoris, y la lucha organizada por la tierra que colocaría en el centro de la reflexión indígena cuestiones como el ser guarijío y su referente identitario con la tierra, ya que, como lo expresa Cipriano Buitimea, la motivación principal de escribir un libro que relatará la lucha por la tierra sería para que lo supieran sus hijos y nietos: “nos costó muchos problemas, y quiero que los niños principalmente se den cuenta, y los nuevos estudiantes de la tribu guarijío que se den cuenta de los problemas que pasamos, de cómo se consiguió y cómo se hizo la lucha” (p. 214). Una narrativa que revela al mismo tiempo un profundo sentido filosófico del mundo guarijío.

En el tercer ensayo, “Sobre los testimonios indígenas y la tarea antropológica de editarlos”, Valdivia argumenta teórica y metodológicamente el ejercicio de edición de los testimonios en virtud de su contribución al conocimiento de la historia regional y étnica de los guarijíos y de otros pueblos indígenas, “en la medida que aporta una interpretación oculta en la historia oficial; aquella que permanece en el sitio de los vencidos, de los desposeídos, la callada, la sin voz” (p. 219). Su tarea como editora-investigadora permite repensar el quehacer del antropólogo frente a los testimonios orales, en los que la voz es la principal arma de comunicación y perpetuidad de muchas sociedades indígenas, como se ve retrata la sociedad guarijía por el narrador clave.

Finalmente, los apéndices son una importante contribución de la autora al reunir las fuentes de la historia guarijía; la historia de un pueblo y una región muy poco conocida en la literatura antropológica. Sin duda, *Entre yoris y guarijíos* viene a llenar un hueco en el conocimiento de esta región, pero también llega para colocar sobre la mesa una antropología reflexiva acerca de lo que los antropólogos hacemos o dejamos de hacer ante la realidad que estudiamos, en tanto “objeto de estudio”, sin una clara postura frente al tipo de estudio que realizamos, sin una reflexión frente al gremio de aquello que, en el mejor de los casos, se queda como diálogo con uno mismo en el diario de campo.